



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO I.	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7	pesetas; seis meses, 13 id., un año, id.
	Correspondencia literaria: Sra. D. ^a Patrocinio de Biedma, Herrador, 8.	En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id.	10 »
		Extranjero y repúblicas americanas, id.	15 »
No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

30 de Setiembre 1877.

NÚM. 15.

SUMARIO.

GRABADOS: Moliere y sus creaciones; copia de un cuadro.—Indostan: Bombay desde las montañas de Malabar. — Una calle de Flavigny.

TEXTO: Crónica mensual, por A. BORREGO.—Dos cartas, de MANUEL FERNANDEZ y GONZALEZ y SANTIAGO ARAMBILET.—Poesías: A ti, por M.—A la noble dama Patrocinio de Biedma, viuda de Quadros, por ROSA MARTINEZ DE LACOSTA.—Contraste, por ENRIQUE DE SIERRA y VALENZUELA.—A Leya, por ELIAS MUJICA.—A la Sra. Directora del CÁDIZ, por J. G. SCOTO.—A la Esperanza, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Navegacion, por &c. &c.—Explicacion de los grabados.—LITERATURA EXTRANJERA: La Marquesa de Caux, por ARNALDO DE OLIVEIRA.—NOVELA: La flor del cementerio, *continuacion*, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE P.—Noticias.—PASATIEMPOS: Problemas.—Solucion del Calendario musical.

CRÓNICA MENSUAL.

EMPIEZA á realizarse mi anuncio relativo á que la política ausente de Madrid y en peregrinacion en las termas y en *villegiatura*, volveria á su asiento en esta coronada villa, entrado que fuese el mes de las vendimias. El regreso del Rey de su expedicion á Salamanca y á Zamora ha sido la señal de la avalancha de pronósticos y de conjeturas, lanzadas á volar por los periódicos órganos de las oposiciones que combaten la política del Sr. Cánovas, ó para hablar más exactamente, su permanencia en el poder. De suponer es en el jefe del Gabinete una gran confianza, y á fé que no es infundada, en sí mismo, y que además abrigue la opinion de lo cansado y desengañado que se halla el país, para no hacer caso de los ataques de que su Gobierno es objeto por parte de tantos partidos y de tantos hombres de relativa altura como lo combaten, sin dejarle un momento de tregua. Tal vez se diga así mismo el Sr. Cánovas: «lleve yo las cosas por buen camino, consulte en todo lo que el interés público me aconseje, tenga yo razon, y poco me importan las oposiciones.» Su raciocinio no dejaria de ser exacto, si lo fuera de todo punto la premisa de que el Gobierno procede con acierto en todo ó en la mayor parte de lo que hace; pero sin que pueda pedirse tanto ni aun del mejor de los Gabinetes posibles, hay que tener en cuenta para juzgar de cómo la opinion mira á un Gobierno, no tanto á lo que piensa, á sus intenciones, ni aun á sus actos, si de parte de la opinion existen prevenciones contrarias á la marcha que sigue. No es verosímil que esto último suceda en los países donde el criterio público se forma al compas de los intereses generales, ó respondiendo á las aspiraciones de partidos sólidamente organizados. Pero cuando los ánimos se hallan tan divididos como lo están en España y no tienen una manera comun de apreciar los grandes intereses del país, se requiere grande autoridad de par-

te de los defensores órganos del Gobierno, para hacer que las intenciones de éste no se vean desfiguradas por la incesante zapa de oposiciones enconadas y activas.

En este punto la prensa ministerial adolece de desventajas de las que se aprovechan sus contrarios, que todos ellos representan más ó menos colectividades que tienen raíces y eco en la nacion. Para hacer frente á los ataques de la prensa oposicionista, se requeriria que los órganos ministeriales llevasen igualmente la voz de intereses colectivos conocidamente adictos á la política del Gobierno, en vez de representar tan sólo las simpatías que ligian á sus redactores con los ministros. No sucede esto último respecto á los periódicos (en cuyo caso se encuentran uno ó dos tan sólo de los que habitualmente sostienen al Gabinete, exceptuando uno ó dos de ellos), que tienen una historia que los ligian al matiz conservador que el Sr. Cánovas representó; pero todo lo contrario se verifica, cuando los órganos ministeriales han sido en épocas no lejanas sostenedores de principios opuestos, y mucho menos cuando son periódicos creados *ad hoc* para defender la administracion que impera, ó que nuevos en la prensa no han tenido tiempo de fundar su crédito en servicios reales y en una plausible consecuencia.

Esto explica la viveza de los órganos de las oposiciones que combaten al Gobierno y agitan y mantienen una opinion hostil á éste, y que seria menos eficaz y ruidosa, si por lo general luchase con órganos de larga y consecuente historia, ó apoyados por una circulacion comparable á la que poseen varios de los periódicos de oposicion.

He entrado en este órden de consideraciones por sugerirlas el espectáculo de la atmósfera últimamente creada respecto á crisis ministerial, á consejos de Gabinete, en los que debian resolverse las más árdidas cuestiones, polémica en la que la mayoría de los lectores daba más creencias á los anuncios de las oposiciones, que á la denegacion de los periódicos ministeriales, á los que en estos dias ha dado el triunfo, no el haber sabido trabajar la opinion en términos de ponerla de su parte, sino la destreza y fortuna del Sr. Cánovas, que sabe llevar á cabo su política, á despecho de lo mucho que debe dejarle desear la manera como es defendido por los periódicos que viven á la sombra de sus favores.

El grande asunto del que altas conveniencias no permiten todavía ocuparse, creo ha dado en estos últimos dias un gran paso. Las reuniones que se han verificado en el Escorial entre los individuos de la Real familia que residian en la Granja y han venido á S. Lorenzo á visitar á la Reina Doña Isabel y á su augusto hijo, es de propicio agüero para disipar desconfianzas y recelos, quizás exagerados, pero que ejercian una influencia contraria á la solucion conciliadora que es de esperar surja del futuro suceso, del que nada más debe decirse por ahora.

Con gran satisfaccion deben mirar los hombres sensatos y amantes del país, la buena inteligencia y cooperacion que se ha establecido entre el Gobierno y los más autorizados órganos de la prensa en asunto de tan conocido interés nacional, como lo es el de la cuestion arancelaria. En esta grave materia de proteccion, de libertad mercantil y de derechos de aduanas, adolece España de fatales tradiciones, que el tiempo vá removiéndolo y que es de esperar desaparezcan del todo, adoptándose un sistema de racional proteccion del trabajo indigena, combinado con lo que requieren á la vez los intereses de la mayoría consumidora y las industrias que poseen en España verdaderos elementos de desarrollo y de prosperidad.

El asunto es harto importante para ser esclarecido de paso en una rápida revista mensual. En nuestra literatura económica existe un tratado especial expositivo de la teoría de la formacion de aranceles de Aduanas y á él debo referirme, para los que tengan la curiosidad de profundizar la materia. (1)

A fin del corriente mes estará en Madrid toda la Real familia, y tambien habrán regresado de sus excursiones veraniegas los *lions* (leones, estilo francés) de nuestra política militante; los Alonso Martinez, los Sagastas, los Zabalas y Vega Armijos y demás componentes del estado mayor de constitucionales y centralistas, algunos de los cuales, entre ellos el señor Ulloa, se encuentran ya en Madrid. No menciono al más importante entre nuestros hombres públicos, porque creo que es contar sin la huésped, que los periódicos traigan y lleven el nombre del Sr. Duque de la Torre, quien tengo motivos fundados para creer, que sin haber variado de convicciones y deseando fortuna y acierto al partido constitucional, al mismo tiempo que es benévolo hácia los demás partidos liberales, declina el honor de trazar á ninguno de ellos un programa de conducta; no entendiéndolo participar de la responsabilidad de los derroteros que se propongan seguir, sin dejar por esto de ser siempre el mismo hombre fiel á sus convicciones, y leal á sus deberes de soldado y de español.

Desde la fecha de mi última reseña, la guerra de Oriente ha seguido variables rumbos. La brillante entrada en campaña de los rusos, su paso del Danubio, su ocupacion de los Balkanes hizo creer que en breve llegarían á Andrinópolis, donde podia concertarse una paz, intervenida por los Gabinetes de las grandes potencias, en la medida que lo consintieran los preconcebidos propósitos de Alemania. Inesperadamente el patriotismo y la energia de los turcos detuvo la corriente de las victorias de los moscovitas, y dió origen á la improvisada creencia de que éstos serian vencidos y

(1) Principios de Economía Política, con aplicacion á la reforma de Aranceles de Aduanas y al mayor y más rápido incremento de la riqueza nacional. Por D. ANDRÉS BORREGO.—Un tomo.—Madrid: 1844.

que el imperio de la media luna cobraria nueva vida y acrecentado vigor, de resultados de la no provocada y desleal guerra que se le obliga a sostener.

En el curso de los acontecimientos humanos influyen siempre elementos de distinta procedencia y efectos. El fatal é inevitable destino á que los conduce la naturaleza de las cosas y las modificaciones que el definitivo desenlace á veces encuentra, por efecto de causas que no han sido suficientemente apreciadas ó por hechos intermediarios que retardan lo que al cabo tendrá que suceder.

Hace cerca de un siglo que la dominación de los turcos en Europa se sostiene á causa de las rivalidades de las grandes potencias. La difícil cuestión de encontrar nuevo dueño á Constantinopla, ha venido aplazándose y podía serlo todavía, pero la integridad, la conservación del imperio deja de ser posible, desde que para sostenerlo, para apuntalarlo al menos, no existe ya un pensamiento común de parte de los Gabinetes ó no existe al menos una alianza favorable á Turquía, tan poderosa como lo fué la alianza anglo-francesa, interin subsistió en sus buenas condiciones. El dique que contenía la caída del imperio turco se ha roto, desde que Austria se halla paralizada, la Francia duda de sí misma, é Inglaterra no cuenta en el continente con ejércitos que sus subsidios puedan mover. Resguardada la acción de la Rusia por el padrino de Alemania y libre aquella, aunque no logre vencer á los turcos en campaña abierta (suposición no admisible á la larga) de sublevar contra el sultán á sus súbditos cristianos habitantes de la Bulgaria, del Epiro, de la Medonia y de la Albania, como ya ha logrado que rompan la Rumania y la Servia los lazos de Estados tributarios que los constituían súbditos de la Puerta, poco tardará la Grecia si dura la contienda armada en declarar la guerra á su antiguo señor, y no se necesita gran profundidad de ciencia para discurrir que dos millares escasos de población musulmana estrechada en la Rumelia, aunque se vea auxiliada por el fanatismo de los ocho millones escasos de turcos asiáticos, no podrán resistir á la presión moscovita, auxiliada por la sublevación de los súbditos cristianos del sultán, generalizada que ésta se vea por la presencia y los auxilios de los rusos invasores.

La enmarañada cuestión de Oriente que parecía casi insoluble, en nuestros días por lo menos, vendrá á serlo desde el punto en que la Turquía se encuentre sin aliados y la Alemania está impidiendo que el concierto de los Gabinetes para una intervención común, sea táctica aliada de Rusia, dejándola franco todo el tiempo que necesite para reparar sus pérdidas y traer refuerzos y más refuerzos á sus ejércitos en campaña.

Semejante situación que no creo exagerar, enaltece y pone aún más de relieve la bizarría, la fortaleza, la virilidad de la raza turca, que en momentos tan críticos desplega un vigor, una energía, una inteligencia militar que nadie esperaba. Largo fuera mencionar á este propósito las faltas cometidas por los ingleses en haber dejado tomar á los rusos las posiciones que ocupan en el Asia central, y el mayor yerro en que incurrieron los Gabinetes de París y de Londres, aliados en Crimea, dejando sucumbir á los circasianos, á los que tan fácil habría sido auxiliar.

La situación de los turcos es hasta cierto punto comparable á la de las fieras rebuscadas en sus selvas, y que viéndose perdidas responden con el frenesí de la desesperación á sus agresores.

Las repugnantes escenas que presenta el implacable encarnizamiento con que cosacos y circasianos, moscovitas árabes y kurdos se degüellan y mutilan, eran de preveer y esto aumenta la responsabilidad de los gabinetes que no han impedido una guerra de la que sólo podían resultar, tal cual se ha emprendido, ofensas á la humanidad y peligros para el equilibrio europeo.

Por lo demás, los turcos habrán redimido su carácter como pueblo guerrero, aunque á la larga sucumban en la contienda, como no podrá menos de suceder si los Gabinetes se cruzan de brazos permaneciendo espectadores de la lucha, y si Alemania, por designios cuyo secreto sólo posee el Gabinete de Berlín, continúa siendo la táctica protectora de la agresión moscovita.

A. B.

Madrid 27 de Setiembre de 1877.

LOS CARTAS.

SRA. D.^a PATROCINIO DE BIEDMA.

Mi querida Directora: Muchas gracias por la manera que tiene Vd. de ofrecerme el CÁDIZ. Yo aceptaría su ofrecimiento absoluto con un legítimo orgullo, si ya no hubiese contraído conmigo mismo el dulce empeño de someterme á la dirección de Vd.: Vd. mande, señora mía, que yo la obedeceré con un placer indecible, en la medida de mis fuerzas.

Y no es solamente el afecto y la admiración que Vd. me inspira, aunque sean bastante para ello lo que en esta obligación me pone, sino también el placer de hablar de cerca con mis paisanos.

Veintidos años hace que no veo el sol de Andalu-

cía, pero yo no he olvidado ni un solo día á mi madre Sevilla, á mi nodriza Granada, y en cuanto á Cádiz he tenido siempre por él una gran predilección, como que fué la cuna de nuestras libertades, y es siempre una perla, tal vez la más rica de nuestras bravas costas españolas; en fin, toda esa bella Andalucía alta y baja, de la lengua del agua y de tierra adentro, del llano y de la montaña, es mi paraíso, y es mi orgullo, porque he nacido en lo más ardiente de ella, y me he criado en lo que de ella es más romanesco y más encantador.

Bien lo muestra el haber yo caballeado, imaginariamente, pero con más poder en el alma que Juan Caballero, por esa tierra del amor y de la valentía, con Diego Corrientes, con los de Eciija, con José María, y descansado en Sevilla con el Marquesito; en la edad media he buscado á Sevilla una y otra vez con el Rey D. Pedro y con Men Rodríguez de Sanabria; he orado en la Zeca en Córdoba; he vagado con el espíritu bajo las peregrinas cúpulas de la Alhambra, y me he adormecido á la sombra de los avellanos, entre nopalés en los Cármenes del Albaicín, y de las angosturas del Darro; no, no se puede decir que yo me he olvidado de Andalucía, ni que no he amado y amo aún á sus incomparables hijas; yo he consagrado á esa tierra gran parte de mi vida literaria, acaso la mayor, y la he recordado, y la he amado tanto más cuanto, fuera de España he estado más lejos, mucho más entre un cielo brumoso, y un mundo frío é indiferente, por más que se me haya dado allí una inapreciable hospitalidad, yo buscaba á cada momento á Andalucía, ó mejor dicho, la enviaba mi alma, para que en ella se calentara.

Así, pues, Patrocinio, yo siento un placer infinito en que el CÁDIZ sustente, mi ya un poco apolillado nombre, á creer á ciertos amigos, y me rejuvenezco al sentirme cerca de tanta juventud, de tan noble sangre, y de tanta hermosura.

Gracias, pues, Patrocinio; muchas gracias por la acogida que Vd. me hace, y vengan órdenes, que ya sabe Vd. que yo estoy aquí todo entero para servirla, mi querida Musa, y mi pluma, como yo, á sus pies, que besa

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid: 1877.

Con toda la efusión de nuestra alma agradecemos á nuestro ilustre amigo esta preciosa carta, tan amable como grata, y ya que quiere absolutamente ser dirigido, por la que para ello no tiene otros títulos que los que le presta la galantería de sus amigos, vamos á pedirle que nos resuelva una duda que, sospechamos ha de ser tan grato á los lectores del CÁDIZ ver desvanecida como á nosotros. Esto es: ¿qué diferencia hay entre la mujer que piensa y la mujer que siente?... Cual vale más de las dos?... Cual es más feliz?... Cual de ellas más amada?... Cual, en fin, debe ser?... Contéstenos en una bella carta, ó en un lindo artículo, que haga la luz sobre el dilema que en esa cuestión se encierra, y díganos también el galante andaluz, si pueden unirse en un solo ser, para completarle, para perfeccionarle, esas dos altas cualidades del alma y de la inteligencia: sentir y pensar: si se unen ¿guardarán un sabio y prudente equilibrio las dos fuerzas para ayudarse sin destruirse?...

Tal es la cuestión que nuestro ilustre redactor está llamado á resolver.

SRA. D.^a PATROCINIO DE BIEDMA.

Mi ilustre amiga y distinguida Directora: Yo quisiera llevar al ánimo de Vd. todo el confuso tropel de ideas que se agolpan á mi mente, hijas de la agradable impresión que me ha causado la lectura del número 13 de su bella revista, pero bien persuadido de que mi incorrecta pluma no será capaz de hacer tal milagro, déjola correr libremente para que ella exprese á usted como le sea posible el intrincado laberinto de mis pensamientos.

Cuando me pongo á considerar los grandes obstáculos que ha tenido Vd. que vencer para llevar á cabo su noble empresa; cuando reflexiono la magnitud del pensamiento que Vd. realiza, siento renacer en mí el entusiasmo por la literatura, algún tanto entibado por los desengaños, y pienso que cuando una mujer, siquiera sea poseyendo las eminentes dotes que á Vd. adornan, lleva á feliz término un proyecto tan grandioso, nosotros los hombres tenemos el deber de no cejar en nuestros propósitos y consagrar todas nuestras fuerzas y todo nuestro vigor al mayor brillo y engrandecimiento de la literatura patria.

El último número del CÁDIZ ha llevado á mi espíritu todas estas consideraciones. Si es verdad que el éxito corona siempre las grandes obras, cuando se las consagran todas las fuerzas que la actividad humana tiene á su alcance, Vd. debe estar satisfecha viendo orgullosa progresar al CÁDIZ y elevarse rápidamente por entre la multitud de obstáculos casi insuperables que la rodeaban, ocupando un brillante puesto entre la prensa nacional, para satisfacción de los amantes de la literatura y orgullo de nuestra España.

Há tiempo que en la prensa española se notaba un gran vacío que el CÁDIZ ha sabido llenar con aplauso

de todos. Consagrada la prensa exclusivamente á las ingratas y áridas tareas de la política, apenas si nuestra juventud literaria podía abrirse camino á través de ese periodismo exclusivista, que si es noble por su misión y por sus tendencias, no tiene sus brazos sino á los que, preocupados con la gobernación del país, consumen sus fuerzas en polémicas estériles y en trabajos sin recompensa y cifran su porvenir en un azar de la suerte ó en un doble juego de intrigas.

Cuantos periódicos buscaban el apoyo del público para dedicar sus columnas al engrandecimiento de la literatura nacional, para elevar el sentimiento de lo bello á su mayor grado de perfección, trazando el camino que los ingenios ocultos habían de seguir, bien pronto veían sus esperanzas defraudadas, sus esfuerzos estériles y sus propósitos nobles imposibles de realizar.

¿Cómo pues, no he de asombrarme y admirar á la inteligente escritora que luchando con tales y tan grandes inconvenientes ha sabido dar cima á un pensamiento tan magno como el talento que lo concibió? ¿Cómo no he de felicitar á Vd. por un triunfo tan extraordinario que encauzando las revueltas corrientes periodísticas ha sabido dar á la prensa española un prestigio que indudablemente no tenía, alentando con su preciosa revista el noble impulso del genio y facilitado el desarrollo de la literatura contemporánea? Gracias á Vd. los verdaderos talentos pueden darse á conocer y los incompetentes soñadores se retirarán tranquilos, persuadidos de que su actividad puede ser más fructífera en otra parte, consagrada á empresas menos difíciles.

¿Qué periódico puede contar en España ni en el extranjero con una redacción tan brillante como la del CÁDIZ? A la verdad mi querida amiga, no parece sino que como justo premio á su laboriosidad y talento, la gran corporación literaria ha ofrecido á Vd. una preciosa corona de diamantes donde brillan por sus destellos nombres tan universales como el de Fernandez y Gonzalez; reputaciones tan sólidas como la de Borrego, y eminencias tan apreciadas como la de Diaz de Benjumea.

No ha mucho tiempo, cuando las frescas noches de un verano benigno convidaban á escuchar las suaves melodías de Wagner y Mignon que hacían llegar hasta nuestros oídos la inteligente orquesta de Mr. Metra, paseaba yo por los jardines del Buen Retiro, en amena y grata conversacion con un distinguido y afectuoso amigo, y ambos considerábamos los afanes y los inconvenientes que habrá tenido Vd. que vencer para agrupar en torno del CÁDIZ lo más florido y lo más valioso de los esforzados adalides que honran la literatura de nuestro país. Más feliz que yo, mi ilustre amigo, conservaba un soneto de Vd. dedicado á su padre el anciano Hartzenbusch, que revela bien claramente en su ilustre autora una admirable inteligencia y una actividad extraordinaria, pues aún en medio de las multiplicadas tareas que absorben completamente su atención, encuentra manera para escribir composiciones tan bellas como la que ocupa un distinguido lugar en la magnífica colección de autógrafos de mi querido amigo.

Jamás pude pensar, y ruego á Vd. me perdone por la poca galantería de mis palabras, en gracia de la ingenuidad con que las expreso, que una mujer pudiera ser capaz de hacer tanto, porque hay hombres, amiga mía, que avezados y todo como están á vencer dificultades y obstáculos, no hubieran sido capaces de hacer ni siquiera la vigésima parte.

El hermoso sexo á que Vd. pertenece está digna y cumplidamente representado en la discreta Directora del CÁDIZ, que ha sabido desterrar con sus relevantes dotes las rancias preocupaciones que negaban á la mujer aptitudes que Vd. ha demostrado que posee en alto grado. Yo sin embargo, siempre la he conceptuado no tan competente como el hombre en asuntos intelectuales sino más, porque su talento superior al del rey de la tierra, es más previsor y más claro, y su delicada organización al par que su temperamento sensible la dan una supremacía incontestable en las diversas manifestaciones de la inteligencia humana.

No concibo el arpa sino tocada por las delicadas manos de la mujer, y así como no me explico que pueda haber hombres bailarines y mujeres acróbatas, no puedo darme razón satisfactoria de por qué la lira no ha de poder ser pulsada con sin igual maestría por la compañera del hombre, pretendiendo éste con su loco egoísmo que pase toda su vida haciendo calceta. Bien sé á pesar de esto, que la naturaleza y la sociedad nos privan del talento de las mujeres, que, nacidas para amar, tienen que dedicar su atención á las sagradas tareas que las impone su deber de esposas y su cariño de madres; ¿pero es esto razón suficiente para negarles un puesto de honor en el precioso templo de Minerva?

Siga Vd., amiga mía, el camino que la suerte le ha hecho emprender, y esté segura de que merecerá el aplauso de cuantos nos interesamos por el fomento del CÁDIZ, al que va unido el de la literatura patria. Si yo no temiera que mis esfuerzos dejaran de ser á Vd. útiles me conceptuaria muy honrado perteneciendo á la redacción de su excelente revista, pero mi incompetencia por una parte y por otra la persuasión que tengo de qué mis escasos merecimientos no me hacen acreedor á distinción tan señalada, me obligan lamen

tar que sean completamente ineficaces los buenos deseos que animan á su consecuente amigo y admirador

Q. B. S. P.
SANTIAGO ARAMBILET.

Madrid: 1877.

Damos las gracias á nuestro amable amigo y distinguido redactor por esta fina carta, y aceptamos con gran placer su apoyo, que nos honra. Para probarle en cuánto estimamos su oferta, le pediremos trabajos muy en breve.

SONETOS.

A TÍ....

Eres mi vida, mi ambicion, mi encanto;
Sin tí agonizo, con tu amor me muero:
Nadie te quiso como yo te quiero,
Ni ninguno jamás te querrá tanto.
Tú lo sabes, mi gloria, y yo se cuanto
Mi amor es para tí tu amor primero,
Divino amor, que bríndame hechicero
La copa del placer, no la del llanto.
Me dá tu pensamiento en mi adormido,
Una vez y otra vez de su ambrosía
El virginal perfume delicioso:
Yo le apuro, y le apuro enardecido,
Y apurándole sigo, ¡oh, vida mia!...
Cuanto le apuro más, aún más ansioso.

M.

Á LA NOBLE DAMA PATROCINIO DE BIEDMA, VIUDA DE QUADROS.

Entre el rumor sonoro de la gloria
Llegó hasta mí tu esclarecido nombre,
Que absorto escucha celebrar el hombre
Del talento ensalzando la victoria.
Cual se guarda de Saffo la memoria
El mundo guardará tu gran renombre,
No habrá quien de tu genio no se asombre
Admirando tu fama tan notoria.
En vano tratará la muerte impía
De hundir tu nombre poderoso y fuerte,
Que no desciende hasta la tumba fría
Una estrella cual tú: pues bien se advierte
Que irradiando cual Sol del mediodía
Vencerá con sus rayos á la muerte!

ROSA MARTINEZ DE LACOSTA.

Cádiz: 1877.

CONTRASTE.

Cánticos, danzas, cuanto el goce inspira
Me cerca en torno, y de pesar deshecho,
Gime sin tregua mi angustiado pecho
Y por la dicha que perdió suspira.
Do quiera que mi planta incierta gira,
Flores la ofrecen regalado lecho;
Y mi insano dolor, en su despecho,
Abrojos sólo entre las flores mira.
El canto alegre que el placer festeja,
Cual ¡ay! doliente en mis oídos zumba
Y al eco de un gemido se asemeja.
En mi pecho la música retumba,
Como el ronco graznar de la corneja
En el lóbrego hueco de una tumba.

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

Madrid: 1877.

Á LEYA.

Alma del Cielo, espiritual doncella,
Lucero de virtud, virgen de amores,
Pura como el aroma de las flores,
Casta como el reflejo de una estrella.
Oye el triste gemir de mi querella,
Escucha el lamentar de mis dolores...
No más tu indiferencia y tus rigores
Sigan hiriendo mi ilusion más bella,
Mi corazón que en su afán te aclama,
Con entusiasmo sin igual te adora,
Con vivo fuego y con pasión te ama...
¡Tú eres la luz de mi soñada aurora!
¡Tú de mi núnem la celeste llama!
¡Tú mi excelsa deidad inspiradora!

ELIAS MUJICA.

Santa Cruz de Tenerife: 1877.

Á LA SEÑORA DIRECTORA DEL «CÁDIZ.»

Patrocinio: soneto de estrambote
Y dedicaros voy, sed indulgente:
También del ignorante el alma siente...
Respetad la intencion de un noviciote.
Otra que vos, juzgárame Quijote,
Cuando escribo, Señora, solamente
Inspirado en su CÁDIZ, esa fuente
Nacida de su gloria al rico dote.
Y si á mi patria dais con ese ingenio,
Objeto para mí de tal valia,
Bendigo con el alma vuestro genio.
Y sabed que en verdad desde este día,
Espero que admitais como convenio,
Daros mi pobre musa compañía.
Mucho pedir será, más al enano,
Y veces el gigante dió la mano.

JOSÉ G. SCOTO.

Cádiz: 1877.

Á LA ESPERANZA.

Rico bajel, que en blando movimiento
Sobre los mares de la vida vuelas,
Llevando los recuerdos como estelas
Que en pos de tí palpitan un momento:
Tú tienes por timon el pensamiento;
Por derrotero la ambicion que anhelas;
Y como soplo de tus dulces velas,
La ilusion, el amor y el sentimiento.
Tu brújula son sueños celestiales;
Con rumbo al porvenir pones tu quilla
Y del presente sin temor te alejas:
Antes de hallar tus mundos ideales,
La nube del dolor te echa á la orilla;
¡Si has de retroceder!... ¿Por qué te alejas?...

PATROCINIO DE BIEDMA.

NAVEGACION.

II.

La insercion y buena acogida del artículo *Navegacion* nos demuestra que el CÁDIZ y su ilustrada Directora se proponen no sólo deleitar á sus lectores sino hacer la propaganda de ideas útiles en economía y administracion en que tanto necesita hacer nuestro país para cambiar su manera de ser, disipada, inconveniente y ruinosa, por otra más en armonía con la de los pueblos que se nos han adelantado, por haber conseguido encaminar las fuerzas de su vitalidad á la mejor y mayor produccion.

Nosotros entre tanto sólo nos hemos preocupado de consumir alegremente el presupuesto de gastos, aumentándolo de año en año sin cuidarnos para nada de que esta progresion en los gastos no habiéndola en los ingresos habia de producir necesariamente esa misma progresion en el empobrecimiento y decadencia general que se deja sentir dolorosamente en todo.

Bien haya el CÁDIZ si logra atraer la atencion pública fuera del campo político, á las mejoras materiales, al aprecio del trabajo y del estudio, á las *Ligas de Contribuyentes* que así lo proclaman, al afianzamiento del orden en la administracion y á todo lo que sea fomento, adelanto y bienestar general.

En la necesidad de empezar por alguna de las consideraciones que hemos de exponer sobre los cambios que es preciso hacer en los distintos ramos de produccion y riqueza, por más que todos se hallen estrechamente enlazados entre sí y no pueda fácilmente desatenderse ó perjudicarse uno, sin que los otros se resientan, hemos dado la preferencia á la *Navegacion*, por ser nuestra Nacion esencialmente marítima y considerar este fomento el más seguro y pronto para influir en las demás fuentes de la pública riqueza.

La exportacion fácil y directa de los productos, es incuestionable que ha de contribuir con ventaja á cualquiera otra medida, al desarrollo de la agricultura y de las industrias; porque procuran un premio á los trabajos, á las especulaciones; pero aún necesitaremos disponer y discurrir algun orden de prioridad en las medidas que se indican, ya porque necesiten más tiempo para madurar ó porque deban prepararse y facilitar el camino para otras; porque no es posible hacerlo todo de una vez.

Al manifestar que no se puede todo de una vez, no queremos decir que sea necesario ni conveniente el hacer las reformas con tibieza ó parsimonia, sino ir las graduando con tacto al par que con firmeza, para evitar perturbaciones y resistencias, que comunmente retardan y entorpecen la marcha de las mejoras en el orden social.

Aun tratándose sólo de la marina ó de la navegacion, si pretendiéramos desde luego acrecentar notablemente el número de los buques de nuestra Armada,

que fueran artillados y blindados en nuestros talleres y tuvieran la gran capacidad y potencia de máquinas que los mejores del extranjero; si á la vez quisiéramos tener nuestros Arsenales completamente preparados, repuestos y con suficiente maestranza para hacer rápida y concienzudamente esas grandes construcciones á medida que se fueran necesitando; y pretendiéramos también que nuestra marina mercante se acrecentase grandemente en el porte y número de los buques y en generalizar la buena disposicion y pericia de sus tripulaciones, se diria con razon que pediamos un imposible, un absurdo, pues todo eso necesita tiempo, método, constancia y grandes sumas para lograrlo; pero tampoco se puede adelantar un paso sin que empecemos algun día á economizar en sueldos, no por acortarlos, sino por reducir el número de los funcionarios retribuidos al estrictamente necesario, jamás llegaremos á poder invertir una parte de las rentas en el fomento de ramo alguno.

Por estas razones creemos que conviene estudiar y discutir ampliamente en la prensa las medidas que mejor puedan conducir al logro de estos deseos que son los de todos los que se precien de buenos españoles.

Si no nos animara naturalmente el más vehemente deseo de que nuestra marina de guerra y mercante alcanzasen un desarrollo y fomento notables, nos lo inspiraria la conviccion de que nuestra Nacion por sus muchas costas, por el carácter un tanto aventurero de sus habitantes; por su situacion apartada del centro del movimiento y de las comunicaciones interiores de Europa; y especialmente por sus todavía considerables posiciones apartadas, no pueda prosperar ni ser muy atendida en los protocolos venideros, como no lo ha sido en los pasados, mientras no seamos fuertes en la mar.

Para nosotros es axiomático que en el estado actual del mundo, con el aumento colosal de fuerzas militares que despliegan los ejércitos, los adelantos de su material y el esmero de su instruccion, nosotros, pobres y atrasados y gastando en sueldos todo nuestro presupuesto, no podemos aspirar razonablemente por mucho tiempo á otras empresas por tierra que á las de prepararnos laboriosa y trabajosamente para la defensa de nuestras fronteras, organizando grandes reservas, escuelas y fábricas para el porvenir.

Por mar es otra cosa. La marina puede levantarse en pocos años, como la levantó el marqués de la Ensenada en el reinado próspero del Sr. D. Fernando el Sexto, aplicándose las rentas con acierto y entereza y no á dar sueldos sin utilidad ni conveniencias para el Estado, como viene sucediendo entre nosotros hace tantos años en todos los ramos del servicio público.

Aun concretando nuestros esfuerzos y todos nuestros medios de hoy al fomento de la marina, son demasiado escasos para que solamente con los empleados hasta ahora pudiera esperarse el pronto desarrollo que forma nuestro bello ideal.

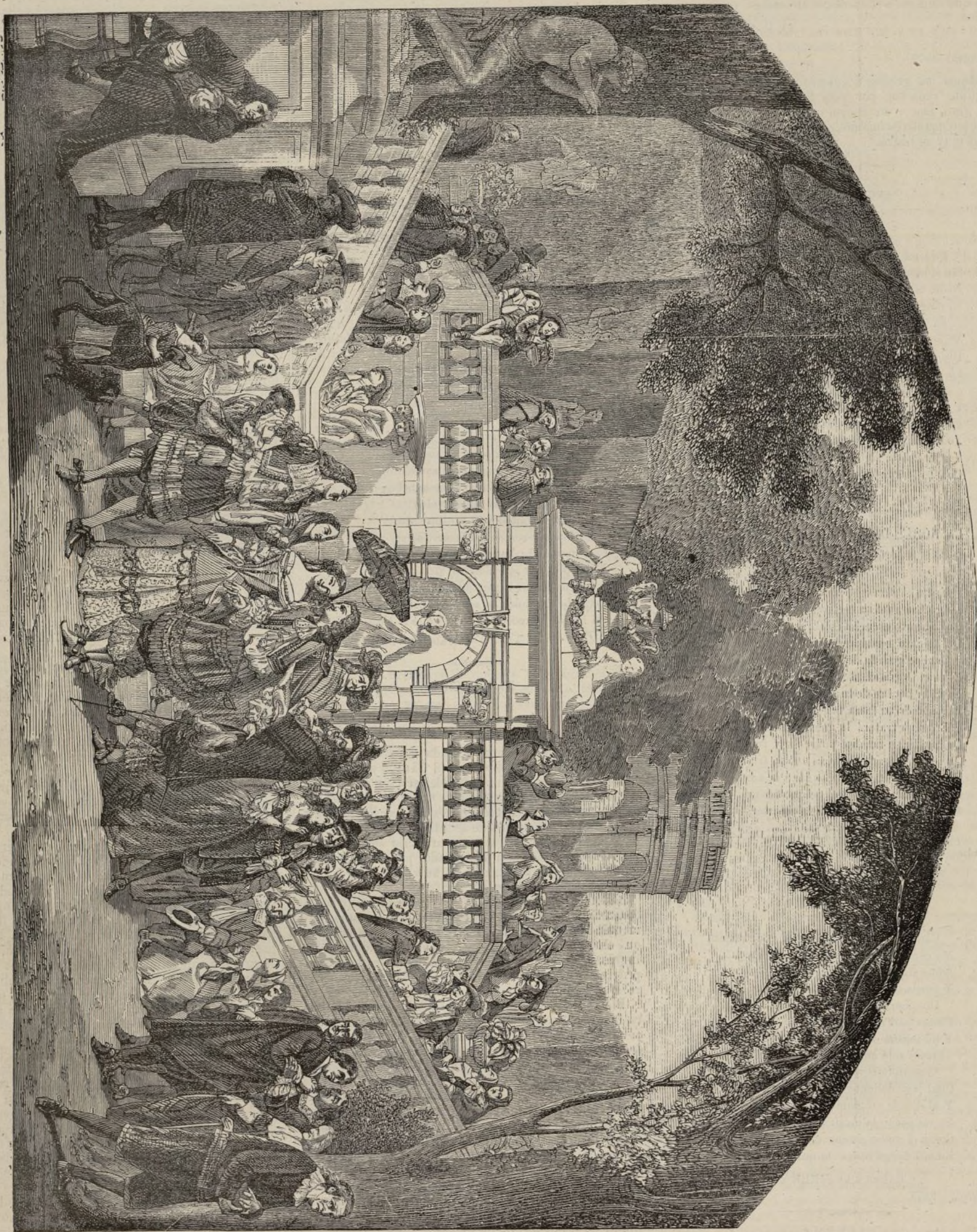
Nuestra opinion es que así como los ejércitos permanentes de tierra en las Naciones más adelantadas apenas vienen á ser más que una gran escuela general militar para ingresar despues los soldados en las reservas, que son el verdadero grueso del ejército en las guerras; así creemos también que está llamada la marina á nutrirse y fusionarse algo con la mercante, que es su reserva natural, exigiéndole adelantos y rectificando la supresion de las matriculas que necesitaban reformas, para hacer imposibles los abusos y la segunda campaña en tiempo de paz; pero que suprimiéndolas se suprime también la marineria inteligente que puede en las ocasiones mantener con gloria el pabellon á su altura acostumbrada.

Los hombres ajenos á la industria de la mar y especialmente los de las poblaciones del interior, tendrán indudablemente el mismo deseo de sostener á toda costa la gloria de España en los mares; pero hallándose en un elemento á que no se han acostumbrado desde la infancia, su voluntad será impotente cuando más necesarios sean sus servicios: en las tempestades, como aconteció en Trafalgar, por esa misma causa muy principalmente, pues si nuestros buques hubieran llevado tripulaciones veteranas en vez de una gran parte de levases recientes, tal vez hubieran podido reparar la falta primitiva de accion del almirante francés.

En las nuevas matriculas debería armonizarse todo cuidadosamente con el reemplazo del ejército de tierra, á fin de que no hubiera diferencia desventajosa sino la más perfecta igualdad en todo lo posible.

En resumen, para fomentar la navegacion, salvo el parecer de personas competentes, se necesita:

- 1.º Aumentar los productos, favoreciendo el trabajo y persiguiendo la vagancia y el fraude en todas sus formas, hasta donde sea necesario para extinguirlos.
- 2.º Facilitar los cambios, quitando trabas y aumentando y mejorando las comunicaciones.
- 3.º Abaratar y estimular la construccion y la reparacion de los buques.
- 4.º Proteger por todos los medios la explotacion de las minas de carbon y de hierro y las fabricaciones de este metal.
- 5.º Dar proteccion á la bandera nacional con los tratados y con la marina de guerra.
- 6.º Favorecer la colonizacion con propiedad de las tierras en las provincias apartadas, atrayendo á ellas las emigraciones.



Moliere y sus creaciones.

7.º Restablecer las matriculas de mar como parte del servicio militar obligatorio y en perfecta armonía con él.

Tales son los puntos que nos proponemos desenvolver y sobre los cuales agradeceríamos á las personas versadas en estos asuntos, que nos dijeran con franqueza su parecer ántes ó despues de terminarse estos artículos, y conformes ó no con nuestras opiniones.

Animados por el deseo de contribuir al bien de la patria en la medida de nuestras fuerzas, y creyendo al Cádiz hoy uno de los elementos de más acción é interés para llevar á cabo una idea, enviamos á su Directora nuestro plan de batalla, esto es, las materias de que pensamos ocuparnos, y los fines que nos proponemos, á fin de que, si los aprueba su alta inteligencia y exacto criterio nos señale los que debemos elegir. Réstanos darle las gracias por haber aceptado nuestra humilde redacción, y ponernos completamente á sus

órdenes, para ayudarle y aplaudirla en la gigantesca empresa que con admiración de todos está realizando.
& c.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

MOLIERE Y SUS CREACIONES.

Con este título se conoce en Francia un precioso cuadro que hoy reproducimos, original de Mr. Geoffroy. Notable por su sencillez y elevación, al mismo tiempo que por su ejecución llena de sentimiento y gallardía, este lienzo ha llamado vivamente la atención, así por su originalidad, como por lo atrevido del pensamiento al querer encerrar en tan reducido espacio los fantásticos sueños de Moliere, representados en los persona-

jes á que su genio daba vida. Mr. Geoffroy ha colocado en un extremo de su lienzo á Moliere, observando los caracteres, interrogando á las figuras tan curiosas que piensa introducir en sus comedias.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta notable obra.

INDOSTAN.—BOMBAY DESDE LAS MONTAÑAS DE MALABAR.

Esta ciudad, fundada en una pequeña isla de la costa de Malabar, es la capital de una de las tres grandes divisiones de las Indias inglesas, y la metrópoli comercial del Indostan occidental. Su bahía, de que nuestro grabado ofrece una risueña vista, es una de las radas más extensas y de mayor seguridad para una flota que desee encontrar abrigo.

Son muy de admirar en esta ciudad los soberbios

edificios, las distintas razas que la pueblan, la fertilidad del suelo y el magnífico cinturón de palmeras que la rodea.

UNA CALLE DE FLAVIGNY.

«He debido al valle de Flavigny uno de mis más vivos y conmovedores recuerdos: hé allí el Cedron bañando los pies de la ciudad Santa; esas antiguas fortificaciones: ¿no traen á la memoria los muros arruinados del templo? Y en esa coleccion de árboles de vigorosa frondosidad, ¿no se ven las sombras austeras del monte de las olivas?»

Esto decía el notable escritor francés Chateaubrian, y nada más bello podemos añadir acerca de esa pequeña ciudad de Borgoña, de la cual reproducimos una calle en nuestro grabado.

LITERATURA EXTRANJERA.

LA MARQUESA DE CAUX.

TRADUCCION DEL PORTUGUÉS POR DON MANUEL DE MARTIN Y BARBADILLO.

En el mundo del arte su nombre es otro. Llámase apenas Adelina Patti. Este nombre de tan modesta simplicidad ella lo ilustró é hizo conocido en el mundo. El título pareció á todos una cosa prestada. Nadie se habituó á él. En nuestras cartas, en nuestros diarios, en nuestros bastidores, ya en Europa, ya en América, el nombre de Adelina Patti eclipsó siempre al de la Marquesa de Caux.

* *

Nació en las últimas capas de la sociedad como la Volpini, levantándola su talento á las regiones más superiores. Un día tuvo un capricho: uno de esos caprichos que asaltan á las mujeres bellas y hasta á los hombres de mérito. Quiso ser hidalga.

Esto en la época en que la aristocracia de la sangre va ya perdida entre las nubes del ocaso y en que sólo el talento constituye la verdadera aristocracia moderna: ella, artista de genio, adorada de las multitudes, embriagada por los aplausos, victoreada por el mundo entero, tuvo el capricho de llamarse Marquesa. Fragilidades á las que ni los más altos espíritus escapan.

¿Qué más necesitaba aquella cabeza hermosa é inspirada, que su corona de laurel? Atravesaba el mundo de ciudad en ciudad, de capital en capital, de corte en corte, y extendíanse á su paso tapetes de flores y rios de diamantes y le llenaban el corazón los placeres dulcísimos con que la gloria recompensa hartamente los sinsabores, compañeros ciertos de aquellos que la aman y la buscan.

Talento y hermosura! Dios le había concedido dos privilegios, la única superioridad que no se puede obtener ni comprándola con el heroísmo.

Al mismo tiempo una reputacion de virtud austera que el teatro no había podido empañar. Una frescura, una mocedad exuberante, alegre, risueña, una estrella propicia que parecía velar por ella y que la guiaba de triunfo en triunfo en su brillante carrera artística.

* *

Vínole un día la tentacion y escogió entre las coronas de laurel y flores que la multitud le arrojaba á sus pies, la corona floreada y aristocrática del Marqués de Caux.

La alianza le sonrió. Ella, entrar en la nobleza francesa. Ella, pasar de su esfera popular á las elevadas regiones de la aristocracia de la sangre. Esta era como una nueva conquista de su talento y de su hermosura. El risueño día en que se encontró apoyada en el brazo del Marqués de Caux juzgóse tan radiante de gloria como en aquellas noches en que los *amateurs* de Covent-Garden ó de la raza de *ventadour* parecían deshacerse al estrépito de sus delirantes ovaciones, fascinados por sus espléndidas dotes.

Veíase una tarde atravesar *Hide-Park* en una elegante *victoria* tirada por dos soberbios caballos ingleses. Llevaba á su lado al Marqués de Caux, pero nadie veía más que á la Patti. El carruaje entró en la multitud que se extiende á lo largo de la avenida entre la puerta de *Picadilly* y la cancela de *Rensington-Gardens* y toda la gente que en el parque paseaba desde el humilde hasta el aristócrata, volvían la cabeza para ver á la diva, á la célebre cantatriz y todos se olvidaban del título para repetir sólo su nombre... ¡La Patti!

Cuando se va al lado de una mujer célebre, y cuando ella pisa la rampa del teatro y continúa á ser oída del público, no es de extrañar que un hombre, aunque sea su marido, desaparezca completamente, y que sea todavía mayor este eclipse, si este hombre, en lugar de un nombre artístico igualmente célebre lleva apenas... un título de Marqués!

* *

Las alianzas absurdas raramente subsisten. Queda siempre en medio de ellas un principio disolvente. Sólo tenía la Patti un mundo donde escoger marido si le aburrían las soledades del celibato: el mundo del arte



INDOSTAN.—3cm'ay d'sde las montañas de Malabar.

donde ella tenía un puesto privilegiado. En el mundo en que juzgó entrar primeramente, nunca pudo tener lugar.

En el día en que empezó á conocer su ilusión, en ese mismo empezó á dirigir su espíritu y su corazón para el lado de otro donde le sonreían grandezas, placeres, glorias, toda su vida pasada, toda su vida presente.

Vinieron las disensiones domésticas. Vinieron las historias escandalosas hechas públicas por la poca escrupulosidad de la prensa. Vinieron los sinsabores que naturalmente afligen á una mujer que siempre fué virtuosa y que cierto día ve su nombre en boca de maledicentes, con la conciencia dolorosa de que éstos... no forjaban calumnias.

Entonces la Marquesa de Caux vió sus arañones arrastrados por el barro. Quiere levantarlos vindiéndose en los diarios con justificaciones, y nadie las acepta. Una noche aparece en la escena de Covent-Garden haciendo la parte de *Leonora* en el *Tro-vatore*, y ese público que tantas veces la cubriera de aplausos delirantes, la recibe con una general reprobación. Hacia el *duetto* con el tenor Nicolini, en el que ella otras veces arrebatara á los espectadores, y levántose un murmullo de indignación en el pueblo inglés, que por una de sus escentricidades dió una reprensión á la artista por sus faltas como mujer.

Laceró en esa noche la más profunda amargura el corazón de la Marquesa de Caux. El mundo de bastidores ordinariamente ávido de escándalos contaba que sus afelpados y grandes ojos negros se vieron aquella noche inundados de lágrimas.

Una fantasía cuesta á veces cara. Adelina Patti pagó bien la suya de querer una corona de Marquesa. Querida y respetada en todas partes su fútil capricho á que su alma de artista debió haberse sobrepuerto, creóle una posición falsa, de donde no podía salir más que por la puerta de las mujeres de conciencia fácil.

Triste capítulo de una vida destinada sólo á brillar! El tribunal civil de París acaba de pronunciar una sentencia ejecutoria que así dice:

«El Tribunal,

»Juntando las causas y dictando el fallo correspondiente

»Por lo que concierne á la acusación requerida por la Marquesa de Caux:

»Visto que esta petición no está de modo alguno justificada y que la Marquesa de Caux no ofrece suministrar la prueba de los hechos por ella alegados:

»Por lo que concierne á la acusación requerida del Marqués de Caux contra su mujer:

»Visto lo que resulta de los documentos sometidos al examen del tribunal y especialmente de una correspondencia dirigida á la Marquesa de Caux por un tercero, de las publicaciones de la prensa francesa y extranjera y que el comportamiento de la acusada fué de naturaleza tal, que constituye una ofensa á su marido y una injuria más grave:

»Visto que la separación de personas trae la separación de bienes y que ella trae igualmente la revocación del contrato de casamiento entre los conyuges contra la que fué ella pronunciada.

»Por estos motivos:

»Declara á la Marquesa de Caux mal fundada en su acusación y así mismo:

»Declara al Marqués de Caux separado de persona y bienes de su mujer la Marquesa de Caux.

»El Tribunal nombra para la liquidación de los derechos de ambas partes al Sr. Champetier, establecido en París.

»Y para hacer el relatorio sobre la dicha liquidación nombra el Tribunal al juez Sr. Leverque.

»Declara asimismo revocadas todas las ventajas que á la Marquesa de Caux fueron hechas por su marido el Marqués de Caux en su contrato matrimonial.

»Y condena en las costas á la marquesa de Caux.»

ARNALDO DE OLIVEIRA.

Lisboa.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

Entregó á Luisa la carta abierta.

La pobre niña le dió un beso de gratitud, y sus miradas se fijaron con ansia en la puerta.

Parecía que una oleada de vida había brotado en su corazón y se había exparcido por sus venas: brillaban sus ojos, su cabeza se levantaba erguida, como si la salud y la juventud la llenasen de pensamientos halagadores: su boca había perdido la expresión de sufrimiento que constantemente la plegaba... renacía á una existencia nueva... sonreía: sus mejillas aparecían manchadas de rosa, y sus manos se cruzaban apoyándose sobre su pecho, como para contener los latidos de su corazón.

Eugenia había vuelto á tomar los pinceles: el silencio

era embarazoso: parecía que las dos hermanas tenían miedo de hablar.

Así transcurrió algún tiempo.

La impaciencia de Luisa se había cambiado en una alteración nerviosa que hacía temblar el débil cuerpo de la niña enferma, de una manera leve y visible.

Eugenia estaba pálida como la cera.

Al fin la campanilla vibró...

Luisa lanzó un pequeño grito.

Eugenia dejó los pinceles y se volvió hacia la puerta.

Se oyeron pasos...

La mirada de Luisa fija en la puerta, era ansiosa, dilatada: verdadera mirada de loca, sin expresión y sin movimiento.

La de Eugenia aparecía radiante.

La puerta se abrió y entró Lutgardo.

Era el mismo de siempre: con su cabello negro perfectamente peinado; su boca risueña, su mirada... íbamos á decir insolente, y no nos atrevemos, diremos indiferente á todo... tampoco tenían novedad ni variación los blancos puños de su camisa, ni el brillante que lucía en su mano izquierda, aquel brillante que vino de Francia, y que costó ¡seis mil francos!... según él...

—Gracias á Dios que se dejan ustedes ver!... dijo al entrar!... He venido varias veces...

—Luisa estuvo mal, dijo Eugenia contrariada, pues le parecía que Lutgardo empezaría por saludarlas ántes de quejarse.

—Y Vd. como está?...

—Bien; Luisa...

—Dále con Luisa!... Ya sé que tengo que saludarla!... Como está Vd. Luisa? dijo sin tender su mano á la doliente niña, que había desprendido las suyas para estar más pronta á estrechar la de Lutgardo.

Pero Luisa no pudo contestar: la emoción la ahogaba, y al ver que Lutgardo no la daba la mano, la pena, la idea de que los demás temiesen el contagio de su enfermedad la impresionaron de tal modo, que sin poder hablar llevó las manos á su pecho cual si se ahogara.

—Dios mío! Luisa, qué tienes? preguntó Eugenia corriendo á su lado, apoyando la cabeza de su hermana en su pecho y besando su frente.

—Nada... dame agua...

—Hágame Vd. el favor, dijo Eugenia á Lutgardo, señalando un vaso que había en un velador.

Lutgardo lo llevó en silencio.

Eugenia lo tomó y lo aproximó por sí misma á los labios de Luisa.

En aquel testero del gabinete, colocado sobre la cabeza de Luisa había un espejo suspendido con unos cordones.

Lutgardo, después de dar el agua á Eugenia, levantó casualmente la vista y la fijó en la pequeña luna. Se miró primero con indiferencia, después sonriéndose á sí mismo; ahuecó su cabello peinado á ambos lados, dividido por una raya fina y blanca como una hebra de seda; estiró las puntas de su corbata, pasó sus dedos por su barba fina y sedosa, volvió á sonreír satisfecho, y no sabemos cuánto tiempo hubiera durado esta contemplación si no se hubiera oído la débil voz de Luisa que decía:

—Me ahogo!...

Y la inquieta y asustada voz de Eugenia que decía:

—Lutgardo, por Dios, abra Vd. ese balcon!...

—Todo lo que Vd. quiera!... dijo dejando de mirarse, y corriendo al balcon.

Después, volviendo junto á la enferma, preguntó con voz más afectuosa:

—Ha pasado ya?... El calor...

—Sí, dijo Luisa, ya pasó...

Reclinó la cabeza en la butaca, cruzó las manos sobre las rodillas, y volvió á sonreír.

Una palabra de afecto de aquel hombre era para la pobre niña como una ráfaga de húmeda brisa para la flor agostada.

Eugenia sentóse á los pies de Luisa en el taburete que ocupó ántes, y señaló una silla á Lutgardo que la aproximó á el grupo que formaban las dos hermanas.

—Parecen Vds. la azucena y la rosa, dijo mirándolas...

Eugenia guardó silencio: tenía miedo, un miedo instintivo, que no se explicaba, pero que helaba su sangre: tenía en sus manos una mano de Luisa, y distraída apoyaba en ella sus labios.

Luisa parecía aguardar lo que Lutgardo tenía que decir.

Hubo algunos momentos de embarazoso silencio.

Al fin, Eugenia, comprendiendo que era preciso decir algo, murmuró:

—Como Luisa está tan delicada por eso no he recibido á nadie.

—Sí, dijo Lutgardo, pero á mí no puede confundirseme con los demás... yo soy como de la familia, digo!... me parece...

Eugenia y Luisa guardaron silencio, pero ambas enrojecieron...

—Me parece, continuó estirando los puños de su camisa el hermoso *pavo-real*, que no es un misterio para nadie la intención con que yo vengo aquí, que no hay por qué ocultarla, que es inútil callarlo más...

Luisa apenas respiraba...

La ansiedad, el temor y la esperanza, se confundían en su mirada vaga y tímida: le parecía que Lutgardo iba á pedirle perdón, que lo iba á ver enamorado y ansioso, de rodillas, diciéndola cómo ántes: «me muero y Vd. me mata; la amo...»

Soñaba...

Era acaso su último sueño, y en aquel cerebro del que ya se escapaba la fuerza creadora de la vida, se confundía de tal modo el sueño con la realidad, que casi casi iba á decirle: «Yo te perdono...»

Pero Lutgardo no dió tiempo.

—¿Calla Vd., prosiguió dirigiéndose á Eugenia, y por qué callar?... Si yo lo sé lo mismo que Vd. lo sabe...

—Yo no sé... murmuró Eugenia.

Luisa anhelante esperaba...

Hubieran podido contarse los latidos de su corazón.

—Que no!... Bah!... exclamó triunfante el flamante *gomo*, que no lo sabe Vd!... Como si á las mujeres se las ocultase nada...

—Yo...

—Vd. sabe que yo la amo, que yo la adoro, que es mi vida, y que no puedo pasar sin Vd.

Eugenia se puso sucesivamente pálida y encendida, tembló de una manera poderosa, y sus ojos irradiaron una mirada suprema, pero seria y digna: el atrevimiento de Lutgardo la había ofendido.

Ella creía que hay frases del alma que, en la imposibilidad de encerrarlas en el molde mezquino de la palabra humana, se reservan para que se adivinen, pero no se profanan.

Y luego no era el momento más oportuno para pronunciarlas aquel en que la pobre enferma acababa de salir de un accidente peligroso, y en que ella estaba afligida por el temor y la duda.

Todo esto lo sentía instintivamente Eugenia, pero como amaba á Lutgardo, ó lo creía, lo cual según dice nuestro ilustre amigo Campoamor, *es lo mismo*, no rechazó aquellas frases ni protestó con su actitud de ellas, sino que pareció confirmarlas con su silencio.

En cuanto á Luisa, ah!... Hace poco decíamos en la descripción de un gran dolor:

Piezas tiene el mosaico de la vida
Que ni tienen color, ni tienen nombre,
Ni hay mano á colocarlas decidida...

Bien pudiéramos aquí decir lo mismo...

Quién podría expresar cómo aquellos dulces ojos azules se revolvieron en una convulsión suprema, cómo aquellas manos se crisparon; cómo aquellos labios que en su leve movimiento parecían ensayar una sonrisa de perdón, se contrajeron en un espasmo doloroso...

Fué tal la palidez de su rostro, que nada hubiera tenido que hacer allí la muerte al llegar de repente.

Como una de esas imágenes transparentes que al separarlas de la luz que las dá calor y vida, aparecen tristes y sombrías, así parecía haberse apagado alguna luz interior en aquel cuerpo que se hubiera creído imposible tuviese un átomo de vida.

Echó hacia atrás la cabeza, y sin esfuerzo, como el que retira de su cuello una cinta que le molesta, quiso desviar con su mano la dirección de un leve hilo de sangre que salía de su boca.

Eugenia vió la sangre caer en el suelo, levantó la cabeza, y al ver á su hermana comprendió que nada había que esperar...

—Por Dios!... exclamó con angustia, un médico.

—Al momento, dijo Lutgardo que, asustado tenía prisa por irse, voy por él...

—Ah! cualquiera, que no tarde... Luisa mía, Luisa de mi alma!... dijo Eugenia.

—¡Demonio de niña!... Cuando acabará de morirse!... Murmuró al salir Lutgardo.

Esta fué su oración fúnebre á la mujer que moría por él!...

CAPÍTULO XVI.

Más cartas.

Enrique á Ricardo.

«Pensaba hacer conocer á Eugenia tu carta, cumpliendo como en todo tus deseos, cuando un doloroso acontecimiento ha venido á impedirlo. Su hermana Luisa ha muerto...

¡La pobre niña!... Era tan joven y tan bella!... Dicen que siempre ha sido delicada, que estaba tísica, que todos esperaban su muerte, y sin embargo ha causado una dolorosa impresión.

La muerte sorprende siempre, por muy esperada que sea.

Después de todo, qué gran felicidad debe ser morir antes de conocer las glorias de la vida!... Te confieso que nunca he sentido envidia hasta que he visto acostada en su féretro á esa niña rubia y blanca, que parecía dulcemente dormida.

Si yo hubiera muerto el día de mi primera comunión!...

Perdon, mi querido Ricardo, te estoy entristeciendo, con esta horrible salida de tono; pero los labios acostumbrados á reír, suelen crisparse á veces con una risa más dolorosa que el llanto.

Y qué desencanto!... Qué miseria en todo!... Eugenia, la altiva Eugenia, la que tú creías un ángel, prisionero en la forma humana; la que tú llamabas tu sueño inmortal; tu eternidad, tu salvación; ha descendido en esta ocasión á lo más vulgar, á lo más miserable que puede manchar, y que mancha la sociedad.

Lo creerías?... Se la acusa públicamente de haber provocado la muerte de Luisa, con una crueldad que parece imposible.

Hace unos días estaba yo en el *Gran Teatro*: Carmen quiso asistir á la *Sonámbula* y la acompañé.

Casi escondido en un rincón del palco, meditaba tristemente, pues, la impresión que me había producido la niña muerta—á quien acompañé por la tarde hasta el Cementerio—no se borraba de mi pensamiento, y oí hablar en un palco cercano de este asunto.

Le ocupaba la Sra. de Sanchez, esa vulgar Maritornes, convertida en Dulcinea por obra y gracia de un Quijote, Panza, ó panzudo, que es lo mismo, la cual se expresaba con toda la *llaneza* que es propia á la gente de escalera abajo, y que no se pierde aunque por arte de *birli-birloque* se haya subido la escalera.

—Es una lástima!... decía con voz chillona D.^a Julia, la han matado!... Estaba enamorada de Lutgardo, yo lo sabía yo era su confidente, por eso su hermana le impedía ir á mi casa!...

—Pues siempre he oído, respondía un señor de edad que apoyaba las manos cruzadas sobre su grueso bastón, y la barba en ellas, que la *Eugenia*, era una hermana muy buena: que servía á la pequeña de Madre.

—Jesús, qué disparate! ¿Y quién dice eso?... La tenía sacrificada!... No la dejaba salir, ni la llevaba á ninguna parte... porque tenía envidia... porque Luisa era más bonita y más joven... si eso lo sabe todo el mundo!...

—Qué atrocidad!... murmuró el señor mayor.

—Sí, señor!... Una lástima: Luisa era muy buena! En mi casa lloraba la pobrecita, y Eugenia tomaba á mal hasta que yo la quisiera!... Un día fui á verla, ya estaba muy mala, y no he vuelto, porque me dió vergüenza!...

—Pues qué pasaba?...

—Qué había de pasar!... Eugenia y ese Lutgardo estaban hablando y riendo sin cuidarse para nada de la enferma, que estaba llorando... llorando... hasta que se puso mala, y mi marido tuvo que llevarla á su cuarto.

—Jé! Jé!... gruñó el viejo, malditas mujeres, como pierden la cabeza en mediando un buen mozo!...

—Calle Vd.!... Si es un escándalo!... No respetan nada!... En el entierro ha sido una lástima. Lutgardo echándose de amo, iba y venía, daba órdenes... un escándalo!... le digo á Vd. que nadie vuelve á visitar á Eugenia.

—Pobre mujer!...

Yo oía esta conversacion indignado.

El nombre de la niña muerta, cuyo cuerpo tibio aún conservaba las huellas de los besos de su hermana, mezclándose á una conversacion en que se procuraba deshonrar á ésta, me daba frío.

Me volví hacia la gorda Julia y le dije:

—Me parece que se engaña Vd., señora... Eugenia ha cuidado á Luisa como una madre.

—Vd. lo ha visto? me preguntó bruscamente.

—Basta con que lo sepa.

—Qué ha de saber Vd., si esa hipócrita engaña á todos!... Pregúntelo á quien quiera, por mi parte he visto lo que todo el mundo: que Luisa estaba buena, que tenía relaciones con Lutgardo Arce... que éste se cansó de ella y se dirigió á Eugenia; que lo admitió, y que la pobre Luisa ha muerto desesperada.

—No puede ser; debe haber en ello algún engaño.

Julia se encogió de hombros y contestó con inculcable grosería.

—Averíguelo Vargas!...

—Y qué te importa á tí, preguntó mi mujer con acento serio que sea verdad ó no, y por qué la defiendes?

—Defiendo siempre á toda mujer que oigo calumniar....

Oiga Vd., Enrique, me dijo Julia picada, yo no calumnio, refiero lo que todo el mundo sabe; si usted la defiende Vd. sabrá por qué...

—Es claro, contestó afirmando mi mujer.

—Ahora debes tener celos de ella, dije yo impaciente y nervioso á Carmen.

Esta me miró fijamente y no contestó...

—Tenga Vd. cuidado, dijo Julia volviéndose hacia Carmen, se dice que es una mujer peligrosa...

—Es lo único que me faltaba!... murmuró entre dientes mi mujer.

Tuve intenciones de contestar bruscamente á D.^a Julia, y de advertir algo á Carmen, pero recordé el sitio en que estaba, me contuve, y tomando los gemelos me puse á mirar á las bellas gaditanas que ocupaban los palcos.

Al día siguiente tuve ocasión de convencerme de que á no convertirme en otro caballero de la Triste Figura, á no salir por ahí, lanza en ristre, á *desfacer entuertos*, me era imposible hacer nada en favor de Eugenia.

La opinion pública tronaba formidable contra ella: en los casinos, en los círculos, en todas las sociedades, por pequeñas que fueran, se comentaba, se afirmaba que Eugenia había hecho morir de dolor á su hermana, que Eugenia era la amante de Lutgardo.

No podría decirte yo todos los comentarios que oí: tú sabes bien que la calumnia, como la bola de nieve, recoge para engrosar cuanto encuentra á su paso.

La calumnia en todo su asqueroso aspecto, se apoderaba de Eugenia.

Para todos era una mujer sin corazón, que se alegraba de la libertad en que la dejaba la muerte de Luisa.

Se la criticaba con fruición: parecía que la sociedad se vengaba en ella del crimen de haberse hecho admirar por su talento.

Era una guerra cruel.

Tanto oí que quise verla, y me valí de un ardíd que espero me perdonen.

Fui á su casa; la hice pasar una tarjeta mia, en la cual había escrito: «De parte de Ricardo» y al punto fui recibido.

Te confieso que al verla mi corazón protestó contra todas las infamias que había oído.

Eugenia estaba muy pálida: sus ojos negros se rodeaban de un círculo oscuro, como si los hubiesen quemado las lágrimas: su cabello negro, recogido con desaliño, pero con encantadora gracia, daba á su cabeza las suaves líneas de la de una estatua: su frente noblemente desarrollada, aparecía descubierta, y sus labios, muy rojos, hacían parecer más densa la palidez de sus mejillas.

Estaba severamente vestida de negro, y en sus pequeñas manos, en sus manos perfectamente bellas, que hubieran podido dar envidia á todos los modelos de todas las Venus hechas y por hacer, sólo se veía un ligero aro de oro liso en el dedo anular de la izquierda.

Una señora anciana, vestida de luto también, estaba sentada en una pequeña silla, próxima á un balcón entreabierto, ante el cual estaba colocado un caballete con un cuadro empezado.

Al verme entrar se levantó cortesmente del pequeño sofá que ocupaba, y me tendió la mano:

—Gracias, me dijo, señalándome un asiento.

Te confieso que no supe qué contestar.

Su actitud era tan digna, tan natural, tan sentida, que la convicción de que aquella mujer había sido calumniada vilmente, brotó espontánea en mí.

Murmuré torpemente una disculpa por haberla molestado en su dolor, la afirmé que lo sentía con ella, y la dije por último que tenía el encargo de darte tu pésame y tu despedida.

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Continuará.)

Correspondencia del CÁDIZ.

D. M. Pastor.—Villacarrillo.

—Queda Vd. suscrito, según desea, y le agradezco mucho las composiciones que me envía.

D. P. Hacer.—Granada.

—Según me participa mi distinguido amigo D. A. Romero Ortiz, ha tenido Vd. la bondad de avisarle la suscripción suya al CÁDIZ, y la del *Casino* de Granada. Ambas se han servido, y le doy mil gracias.

D. J. Pando y Valle.—Villaviciosa.

—Agradezco y acepto su ofrecimiento. Las composiciones largas en verso no puedo publicarlas por el mucho original y el poco espacio de que dispongo, á más del natural deseo de dar varias, amenizando la sección poética que con una sola se hace monótona.

Haré sin embargo lo posible por complacerle. En efecto, me será muy difícil, por lo menos hasta aumentar el tamaño del CÁDIZ, publicar esas *Correspondencias* americanas y españolas que escritas expresamente para mi revista tiene la amabilidad de ofrecermelas; las veré y le daré mi opinion. Gracias por las poesías.

D. M. Jorrete y Paniagua.—Madrid.

—Le he remitido el *Tipo Andalúz* que deseaba.

D. C. Serrano y Magdalena.—Madrid.

—Si tengo una hora siquiera libre le enviaré algún pe-

queño trabajo mio para su Almanaque, según me hace el honor de suplicarme.

D. P. de Biedma y la Moneda.—Baeza.

—No puede haber otra equivocación en la cuestión de recibos, que la de ir á cobrar alguna suscripción cuyo importe haya sido abonado por comisión ó giro, y en ese caso es bien fácil expresarlo así. Estos no tienen recibo por que en esta sección del periódico se les participa haber pagado: como comprenderán los Sres. Suscriptores el giro se hace en un día; si después se recibe el pago, el recibo no puede retirarse por haberse ya dado circulación, pero es igual y no deben tener molestia alguna por ello. Ya te escribiré despacio: me alegro que te agradase recibir mi retrato. Mil cosas mías á Isabel y Aurora.

D. J. J. Parra.—Baeza.

—Miles de gracias por su eficacia y amabilidad. El número 2 del CÁDIZ no le tenemos: el 11 y 13 que desea se le remitirán: nada debe por ninguno de estos envíos, y mande cuanto guste.

D. M. M. de M. Barbadillo.—Cádiz.

—Siento infinito la causa que le impidió favorecerme el 25. Ya sabe que tendré un placer en que asista los Marts á mi pequeña reunión de confianza. Deseo el alivio de su señor padre.

D. R. L. Mainez.—Cádiz.

—Siento infinito la enfermedad de mi amable redactor y buen amigo, y espero que para el próximo Marts habrá desaparecido.

D. A. Moreno Espinosa.—Cádiz.

—Mucho sentí no verle, agradeciendo infinito su recuerdo.

D. C. Obregon.—Guadalajara.

—Mucho le agradezco su amable carta, así como el que atendiendo mi recibo, lo pagase habiendo girado el importe á esta administración. Se le remitirán con mucho gusto los números primeros, considerándole suscriptor desde Mayo, si no fuese por estar agotada la edición del primer trimestre. Sigue Vd. siéndolo desde el segundo y tiene pagado hasta fin de Enero próximo.

D. J. Gomez-Landero.—Madrid.

—Gracias por la poesía que si me es posible publicaré.

D. J. Govantes de Lamadrid.—Madrid.

—Mucho gusto he tenido en recibir sus noticias, agradeciendo infinito su poesía, y ofrecimientos. Tan pronto como reciba nota de las suscripciones que me dice, serán servidas; no sé si se le habrá girado á Vd. en este semestre; si no puede enviarlo cuando guste; no hay prisa.

D.^a J. de Asensi.—Escorial.

—Se cambia la dirección á Madrid. Ha adivinado usted los nombres del Calendario musical, que son exactamente los que dice. No recibí la carta á que alude; gracias por sus poesías; si tenemos el número que desea se le remitirá.

D. F. de Cozar.—Baeza.

—Agradezco su cariñosa carta y su poesía. Siento que su mucha extensión me impida publicarla en el CÁDIZ, por lo menos, hasta aumentar su tamaño. Es muy linda, y la conservo con gran placer como recuerdo de su amistad, de la cual tengo tantas pruebas desde niña, como recuerda oportunamente.

D. F. de Zarandona.—Alicante.

—Mucho agradezco al Sr. Obispo que acceda á mis deseos.

D. J. G. Pinto.—Sevilla.

—Siento mucho la enfermedad de mi apreciable amigo M. M., al que deseo un completo alivio. Sirvase Vd. decirle que me envíe el libro para que un redactor del CÁDIZ me escriba lo que deseo. Mucho agradezco á Vd. sus ofrecimientos. Recibiré con gusto su *Revista*.

P. DE B.

NOTICIAS.

En la dirección ó administración del CÁDIZ se admiten suscripciones á las publicaciones siguientes: *Annonces-Journal*, de Constantinopla; *La Bandera Española*, de Santiago de Cuba; *El Comercio del Plata*, de Buenos Aires; *La Gazzeta de Italia*, de Florencia; *L'Artiste*, de Belgica; *L'Univers Illustré*, de Paris; *La Mañana*, *El Constitucional*, *El Cascabel*, *Madrid Literario*, *El Duende*, *Fray Verás*, *La Guirnalda*, *La Crónica de la Industria*, de Madrid; *El Mosquito*, *El Pájaro Pinto*, *La Bomba*, *La Revista social*, *El Porvenir de la Industria*, de Barcelona; *El Noticiero*, de Murcia; *La Revista Cordobesa*, de Córdoba; *El Arte*, de Sevilla; *El Mataronés*, de Mataró; *La Revista de Andalucía*, *Ecós de la Juventud*, *La Enciclopedia* y *El Siglo XIX*, de Málaga. Suplicamos á nuestros colegas que hayan anunciado recibir suscripciones al CÁDIZ, y cuyos nombres no mencionamos por involuntario olvido, se sirvan indicárnoslo así.

Tan pronto como aumentemos el tamaño del CÁDIZ irán los anuncios de todas las publicaciones que en el anterior suelto mencionamos, á las cuales rogamos nos los remitan.

Por falta de espacio no ha podido ir en el número anterior del CÁDIZ, ni va en este, la lista de los señores colaboradores: como nuestros lectores los conocen, y anunciamos los que últimamente han venido á honrarnos, creemos se nos dispensará esta involuntaria omisión.

Nos ha favorecido pidiendo formar parte de la redacción del CÁDIZ fuera de esta capital, nuestro distinguido colaborador D. Jesús Pando y Valle, de Oviedo, y de los colaboradores D. Matías Pastor, de Jaén. También formará parte de la redacción en esta plaza nuestro querido amigo D. Jorge Rodrujo, y de la sección de literatura extranjera, Mr. F. F. Steenackers.

Con gran éxito ha empezado á funcionar en el bonito *Circo-Romea* la compañía danesa de cuadros vivos que anunciamos en nuestro número anterior. Una gran concurrencia acude diariamente á este lindo teatro, que no descuida medios de agradar al público. Las señoras que se retraían un tanto al anuncio de los *Cuadros*, han visto que en nada, absolutamente en nada puede alarmarse la moral, con un espectáculo que guarda todas las reglas de las conveniencias sociales.

Grandes entradas ha proporcionado al *Teatro Principal* la compañía que dirige el Sr. Pastor.

El público ha recompensado los esfuerzos del inteligente y activo empresario Sr. Carmona, que sabe siempre darle complacido.

Rogamos á los autores ó editores de los libros que hemos recibido, nos perdonen si por falta de espacio no hemos podido dar noticias de ellos: procuraremos que vayan en el número próximo.

Tan pronto como termine la novela *La flor del cementerio*, que venimos dando, publicará el CÁDIZ otra, escrita en colaboración por D. Manuel Fernandez y Gonzalez y Doña Patrocinio de Biedma.

La celebridad del ilustre novelista, su popularidad inmensa, su renombre universal, y las simpatías que inspira nuestra Directora, darán seguramente un gran interés á esa obra, que unirá dos nombres tan queridos del público, y dos ingenios tan aplaudidos.

Sólo se publicará en el CÁDIZ, el cual prueba así sus deseos de complacer á sus favorecedores y que para ello no retrocede ante ningún esfuerzo.—R.

Ha visitado nuestra redacción el *Annonces-Journal*, de Constantinopla, el cual se ocupa de nuestra revista con estimable atención. Le damos mil gracias, y le devolvemos la visita.

El Diluvio, de Málaga, nos envía un *idem* de simpatías. Reciba también un *idem* de gracias.

Hemos recibido el primer número de *Fray Verás* que sustituye al *Pensamiento*. Le deseamos larga vida y fortuna con su nuevo título.

Se cree que S. M. la Reina Doña Isabel II volverá en breve á Sevilla.

Mucho nos alegraremos de que así suceda.

El Domingo 23 tuvo lugar la segunda sesión de las cuatro que se propone dar la sociedad de conciertos que se ha formado en esta capital. El público quedó complacido con el buen gusto y la maestría con que fueron ejecutadas las brillantes piezas elegidas para este concierto, probando con sus aplausos á los consumados artistas, que la culta sociedad gaditana sabe apreciar el mérito y agradecer los esfuerzos que por complacerla se hacen.

La Integridad de la Patria, notable periódico que defiende nuestros intereses en Cuba, ha tenido la útil idea de formar una colección de periódicos españoles, que figure en la Exposición universal de París. El CÁDIZ ha recibido una comunicación en que se le piden cuatro números, y con ellos un estado, que ha de llenarse con todos los pormenores y particularidades que puedan interesar á la historia del periódico.

También avisa la formación de un libro de Anuncios



Una calle de Flavigny.

que figurará en la Exposición. Los periódicos han de enviarse en lo que resta de año.

La M. H. Hermandad de la Santa Caridad y Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo ha celebrado las fiestas de su Santo Patrono el glorioso Arcángel S. Miguel, en la mañana del 29 del actual en su iglesia de S. Juan de Dios; á la una de la tarde se sirvió la comida extraordinaria á los pobres enfermos del Hospital, permitiéndose la entrada pública de una á cuatro.

Agradecemos á su digno Hermano mayor interino, señor Arboleya, su invitación.

El 25 tuvo lugar la primera de las reuniones que se propone dar los Mártes nuestra Directora Patrocinio de Biedma. La mayor animación y confianza reinó en esta agradable velada, habiendo llevado la señora de la casa su amabilidad hasta el extremo de autorizar á sus amigos para que fumasen en el salón, á fin de no privarles de nada que les fuese grato. Se leyeron y recitaron preciosas poesías, terminándose á la una de la mañana esta *soirée* literaria, que ha de ser un centro distinguido é inteligente que dé animación este invierno á nuestra sociedad.

Asistieron las Sras. de Martínez y de Lacosta, y los señores Alvarez Espino, Alvarez y Sanchez, Dolarea, Dios, Laso y Hurtado, Moresco, Pongilioni, Portela, Parreño, Rodriguez, Segovia, Velasco (el General, Gobernador militar), y se disculparon de faltar este día por motivos de salud, ó importantes ocupaciones, los Sres. Gobernador civil, Arboleya, Moreno Espinosa, Mainez, Martín de Barbadillo y Rubio.

Los concurrentes se dieron cita para el Mártes próximo. A última hora se presentaron á saludar á la Sra. de Biedma, los Sres. Alvarez Jimenez, ex-diputado á Cortes, y Herberos de Tejada, ex-embajador de España en Méjico.—P.

El Jueves 27 pasó nuestra Directora con varios de sus amigos á visitar el Dique que próximo al Trocadero construye la importante casa A. Lopez y C.^a El digno representante de la casa, Sr. D. Carlos Barrie, esperaba en el muelle á la Sra. D.^a Patrocinio de Biedma, y puso á su disposición uno de los vapores auxiliares de esta Empresa, á bordo del cual pasó al Dique. Allí fué recibida por los Sres. Pelayo y Eizaguirre, ingeniero y socio gerente de la casa respectivamente, los cuales llevaron su amable deferencia hacia la Sra. de Biedma hasta extender una capa de arena allí donde había de pisar, para que no la molestase la humedad del suelo. Despues de examinar la soberbia obra (de que el CÁDIZ se ocupará ampliamente), el Sr. Eizaguirre propuso á la Sra. Biedma trasladarse al vapor *Comillas*, de la misma Empresa, donde se la tenía preparado un magnífico *lunch*, que nuestra Directora aceptó, invitando á él á los Sres. que la acompañaban.

La Sra. de Biedma hizo los honores de la mesa, servida con el buen gusto y esplendidez proverbiales en estos vapores, y brindó por la prosperidad de la Empresa, por sus dignos representantes Sres. Barrie y Eizaguirre, por el Gobernador civil de la provincia, Sr. Castillo, que no pudiendo acompañar á esta Sra. por ocupaciones imprescindibles, había tenido la bondad de autorizarla en una amable carta á que representase en la reunión su autoridad; por el Go-

bernador militar, Sr. General Velasco, que dispuestos á ser de los expedicionarios, tuvo que faltar á la cita por asuntos de su cargo, por el *Comillas*, y por último, por los redactores y colaboradores del CÁDIZ ausentes y presentes.

El Sr. Eizaguirre contestó brindando por la Sra. de Biedma y por sus amigos, así como por la gloria de la revista CÁDIZ, y todos los concurrentes prorrumpieron en brindis entusiastas á nuestra Directora y á la casa A. Lopez. Los Sres. Alvarez Espino, De Dios, y Portela, leyeron bellísimas composiciones dedicadas á Patrocinio de Biedma, y el Sr. Alvarez Espino escribió los *pies* forzados á un soneto que la Sra. Biedma hizo en algunos minutos, y cuyo autógrafo guardó el Sr. Eizaguirre, así como el de otra ligera poesía escrita de repente por la misma Sra. El distinguido letrado Sr. Rodrujo, brindó por la prosperidad de CÁDIZ, y porque en los anales de su historia se escriba con letras de oro la fecha del día en que pisó su suelo Patrocinio de Biedma.

Nuestra Directora le contestó dándole las gracias, asociándose á sus deseos por el bien de CÁDIZ, y por el partido constitucional.

Uno de los Sres. invitados dió un *príva* á Patrocinio de Biedma, y á la federación literaria, que fué contestado con entusiasmo, y nuestra Directora levantándose, para poner fin al *lunch*, reasumió los brindis en uno por S. M. el rey de España, por la Prensa española, por la casa A. Lopez, por los escritores gaditanos, y por sus amigos Sres. Alvarez

Jimenez y Herreros de Tejada, que no habían podido acompañarla.

Este brindis fué muy aplaudido, y el Sr. Alvarez Sanchez dió las gracias á nuestra Directora por el recuerdo á su padre.

La Sra. Biedma y sus amigos despidiéndose del *Comillas*, volvieron á bordo del vaporecito auxiliar, acompañados del Sr. Eizaguirre que no se alejó del lado de la señora de Biedma hasta despues de haber saltado en tierra.

Nuestra Directora envía la expresion de sus simpatías y gratitud á los finos y amables representantes de la casa A. Lopez, así como á sus amigas y amigos, por haberles hecho el honor de acompañarla.—A.

Narciso Serra, el desgraciado escritor que víctima de una horrible enfermedad escribía llorando sus admirables obras, ha-muerto, es decir, ha descansado de sus dolores.

¡Que Dios haya premiado con la gloria sus largos sufrimientos, y dé á su pobre madre la abnegación que necesita para conformarse á su triste soledad!

Hemos recibido la preciosa revista de la Habana *La Sombra* y *El Fanal* de Puerto Príncipe. Agradecemos infinito su atención.

El Lunes tendrá lugar en el Instituto provincial de CÁDIZ la solemne apertura del curso de 1877 á 78, y la distribución de los premios á los alumnos que lo obtuvieron en el anterior.

Agradecemos á su inteligente Director, y Redactor del CÁDIZ, D. Vicente Rubio y Diaz, su atenta invitación.

PASATIEMPOS.

PROBLEMAS.

¿Qué edad contará el autor de este problema, que para llegar á 1000 años es preciso multiplicar los que tiene por la suma de sus cifras, su producto multiplicarlo por la mitad de su edad y á su producto añadirle, los años de su edad, más la mitad de ellos, menos uno?

Cuatro jugadores A. B. C. D. convienen que en cada partida el que pierda doblará el dinero de los otros tres. Despues de cuatro partidas y de haber perdido por su orden una cada uno se retiran teniendo todos 48 pesetas. ¿Qué cantidad tenía cada jugador al ponerse á jugar?

Hallábame el Carnaval pasado en un centro humorístico y se me propuso la siguiente cuestión: hallar tres números consecutivos cuya suma multiplicada por sí misma dé un número tal que juntándole dicha suma, dé el número de días que tenía el año.

¿Qué hubieran Vds. contestado?

P. P.

Solucion al Calendario musical.

DO -LORES.
RE -MEDIOS.
MI -CAE-LA.
FA -CUNDA.
SOL-EDAD.
LÁ -ZARA.
SI -MONA.

CÁDIZ: 1877.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ
Sacramento 39 y Bulas 8.